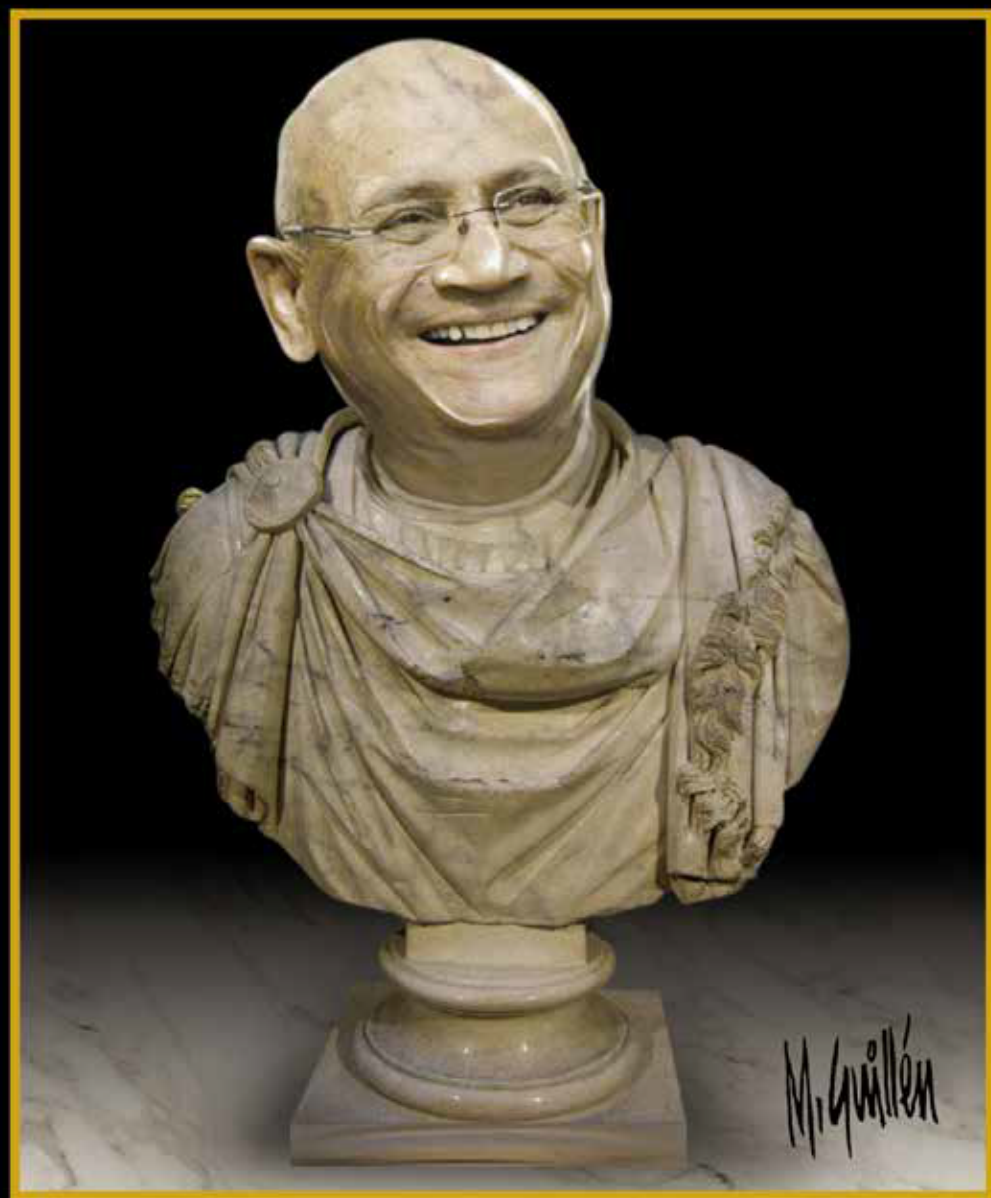


Yo, Vago



EDGAR TIJERINO MANTILLA

Edgar Tijerino Mantilla

Managua, 17 de febrero de 1944

Editor y Redactor deportivo en La Prensa 1970-1979 y 2000-2007; Editor deportivo en El Nuevo Diario 1980-1982; 1995-2000 y 2007 hasta hoy; y Editor deportivo en Barricada 1983-1995.

Cuarenta y seis años en la crónica deportiva radial, escrita y televisiva.

Libros: El Mundial Nica (1973), El Flaco Explosivo (1975), Doble Play (1986), El ídolo no muere (2010), ¡Bravo Denis! (2011), De Cayasso a Nemesio (2012), Entre Copa y Copa (2013), Los mariachis callaron (2014) y Solo Fieras (2015).

Treinta y cinco años al frente del Programa deportivo radial Doble Play.

Yo, Vago

Edgar Tijerino Mantilla

La Biblioteca Nacional de Nicaragua en calidad de Agencia de ISBN, declara que bajo el siguiente número de ISBN quedará registrado el siguiente título, identificando como editor responsable a: **Producciones Doble Play.**

N

920

T568 Tijerino, Edgar

Yo vago / Edgar Tijerino. -- 1a ed. --
Managua : Producciones Doble Play, 2016
346 p. : il. fotos

ISBN 978-99964-818-6-4

1. TIJERINO, EGDAR-AUTOBIOGRAFIA
2. CRONISTAS DEPORTIVOS-NICARAGUA

Managua, 02 de septiembre de 2016

Elaborado: Producciones Doble Play

Coordinación Editorial: Edgar Tijerino

Portada: Manuel Guillén

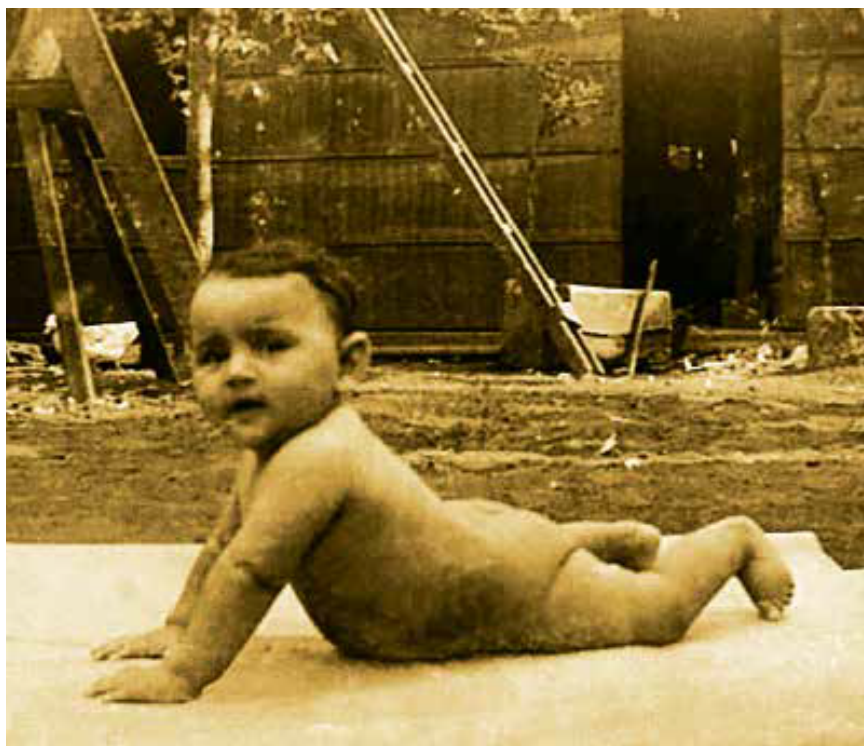
Diseño y Diagramación: Rodolfo López M.

Impreso: Inpasa

®Todos los derechos reservados

“Yo conocí la pobreza y ahí entre los pobres jamás lloré”

JOSÉ ALFREDO JÍMENEZ



En la casa donde nació.

¿Por qué “Yo, Vago”?

Los incansables regaños e incontables fajeadas de mi padre intentando corregir mi fuerte tendencia a la vagancia, mientras perdía tres años de estudio por ir a partidos de beisbol, futbol y baloncesto, así como entrenamientos de boxeadores y de atletas de pista y campo, me hicieron cargar largo tiempo con el calificativo de vago. Esa insistencia de mis padres, “éste muchacho nació para ser vago”, dejó en mí, marcas indelebles y al mismo tiempo lecciones saludables. Sobreviviendo al diagnóstico de “caso perdido” y habiendo leído más adelante “Yo, Claudio”, el formidable trabajo restaurador de Robert Graves sobre ese emperador tartamudo y calificado como idiota, decidí, que cuando escribiera un libro sobre mis vivencias, tomaría prestado de Graves el título para convertirlo en este “Yo, Vago”.

Este es una suma de relatos de quien mi padre hubiese dicho, fue un emperador de la vagancia, no tartamudo, pero idiota hasta su despertar, después de una irreparable pérdida de tiempo. Así que aquí tienen la historia de un enderezamiento contra reloj, de alguien que en 1970, a los 26 años, seguía parqueado en el kilómetro cero.



Jugar online con tus colegas

Enviarles los apuntes a Juan

Elegí › Disfrutar la velocidad LTE

Ver el partido de ayer

Descargar tus canciones

UNA MARCA DE *Telefónica*

Índice

Entrega sin límites.....	13
Prólogo.....	15
De pronto, desperté.....	25
El salto al futuro.....	35
Mis padres, casi enloquecen.....	49
No fue un fracaso.....	63
Cuenten conmigo.....	73
Chilo, esa luz.....	91
Los hijos, lo máximo.....	107
Quise pero no pude.....	119
Doble Play, me galvaniza.....	129
Sólo sé que no se nada.....	143
La amistad, oro puro.....	159

Alexis, Denis y yo.....	173
¿Temor?...¡No, pánico!.....	187
Las correcciones.....	197
Mis libros.....	209
De Nagarote a París.....	221
Mi cofre de tesoros.....	237
El factor suerte.....	261
Lo que vi y viví.....	271
Mis maestros.....	291
Creo en Dios.....	301
Vivir es un riesgo.....	311
¿Cuándo estás viejo?	321
Lo anecdótico.....	327
¡Nunca rendirse!.....	339

En un momento depresivo de mi vida, que intentaba combatir con el corazón en los dientes, estimulándome tratando de soñar con todas las maravillas que pueden encontrarse en este mundo, apareció Chilo como producto de un acto de magia, extendió sus manos sin reparar en los riesgos, y se apuntó juego salvado ayudándome a salir a flote. ¡Cuánto te agradezco amor estos 35 años juntos! Para vos, todas estas líneas y los latidos de mi corazón en tu cumpleaños 60.

EDGAR TIJERINO MANTILLA
Septiembre 23 del 2016

Entrega sin límites

GUILLERMO ROTHSCHUH VILLANUEVA

Las memorias de Edgar Tijerino constituyen un lienzo multicolor. Con estilo acerado, sin hacer concesiones, fija los claroscuros de su vida, con la sincera intención que podamos constatar sus caídas y recaídas. Contrariando la regla, rectica que la niñez no es destino. Con tinta indeleble traza los giros bruscos impresos en su existencia. A medio camino ya es el mismo. Tuvo que extraviar los pasos para luego enderezar el rumbo. En espléndida metamorfosis revitalizará la prosa deportiva, la introducirá por caminos inesperados. Dará por inaugurada en Nicaragua, la verdadera y auténtica crónica deportiva. Para ejercer su indiscutible magisterio, Edgar forjó su propio cenáculo, desde donde emergerán decenas de discípulos. Ante la inexistencia de la carrera de deportes a nivel universitario, su ejemplo les sirve de inspiración para labrarse su propio camino.

Yo vago, permite conocer su entrega sin límites —como requisito indispensable— para ejercer su liderazgo como cronista. En forma paralela, como un endemoniado, decantó su forma de escribir metiéndose de lleno a leer a los mejores cronistas, ensayistas, poetas y literatos. Disciplinado, Edgar es ajeno a todo tipo de improvisación. Sabía que para trascender tenía que meterse de lleno a auscultar las mil y un variantes utilizadas por los mejores practicantes del oficio de escritor. La obra de nuestro paisano inevitable, don Rubén Darío, será su texto de cabecera. Someterá su vasta biblioteca a un ejercicio cotidiano de consulta. Empecinado

por ser el mejor, muchas veces compite con su propia sombra. Se sentará extasiado a escudriñar las páginas de Talase, Mailer, Wolfe, Capote, Murray, García Márquez, Kapuscinski, Monsiváis, etc.

Memorioso e impulsivo, obcecado e irreverente, acude a la cita indicada en el momento oportuno, no hay manera de hacerle transigir cuando cree que tiene la razón, en su territorio no existe deportista ni político a salvo de sus dardos. Para ser un ciudadano integral, Edgar se vio compelido a fijar sus posiciones políticas. Plantea sin ambages sus querencias y aversiones en este campo. De no haberlo hecho, hubiese incurrido en un pecado mayor. Crítico solvente, desdeña y cuestiona el aforismo de pan y circo para el pueblo. Transparente, a través de *Dobleplay* da a conocer su agenda del día. Sabe tocar las fibras más sensibles de sus millares de lectores y radioescuchas. Parafraseando al escritor mexicano Julio Torri: "*Toda la historia de la vida de un hombre está en su actitud*"; la vida de Edgar Tijerino ha sido de permanente rebeldía frente al mundo.

Prólogo

Edgar Tijerino íntimo

Julio Francisco Báez Cortés

La memoria abunda en sorpresas como en las viejas fotografías y en lo espejos. No sé si estoy de acuerdo con todo aquello que registran puntualmente estas páginas; reconocerse es una de las artes que no acabamos nunca de aprender. Para mí este libro tiene por lo menos una irrefutable virtud: la de haberse reconciliado Edgar Tijerino con Edgar Tijerino.

Jorge Luis Borges y el autor

Esta obra excepcional constituye una ruptura novedosa de frontera divisoria con los nueve libros anteriores de Edgar Tijerino, sobre vidas y proezas de grandes figuras y acontecimientos memorables del deporte. Aquellos héroes abanderados del Olimpo a quienes Edgar durante cuarenta y seis años ha venido rindiendo pleitesía en aras de la historia, en *Yo vago* se transfiguran a medida que el vuelo de sus páginas –valores, disciplina, penas y conquistas– devela

sobresaltos, altibajos y nobleza en el gratificante recorrido de virtudes y pecados. Diversa y contradictoria intimidad de su existencia: alcoba y política, padres y emisoras, libros y pobreza, hijos y comida, estadios y amigos.

Corazón desnudo del máximo cronista deportivo engendrado en Nicaragua, del que brotan sentimientos en carne viva para alcanzar el nivel supremo de *Memorias*, asumidas desde el más puro concepto filosófico de *potencia del alma*. Historias entreveradas magistralmente por hitos, sueños, y dolores que el escritor comparte con familia, amigos y compatriotas, colocando en el pedestal señero de idolatrías y devociones a Auxiliadora Mercado, su esposa, amiga íntima a quien dedica su libro más querido. Hombré, Edgar, ¿has pensado qué sería de vos sin ella? “Más que promesas de fidelidades y convenciones, *mi lealtad* lo abarca todo”. Así habló Edgar celebrando el cumpleaños de Chilo en el patio de su casa, mientras sin desearlo ni evitarlo enrojecían sus ojos. ¡Lo sentimos honesto! (“Llorando frente a un espejo imaginario, todos vemos nuestro lado humano”, escribió Tijerino hace pocos días).

Continuando por el sendero de estas particularidades, veremos al hombre sencillo y tenaz que alguna vez calificaron públicamente de *gigante*. Además de rechazar rotundamente el cumplido, Tijerino comentó que la locura de vanidades y tentadoras famas, debe escuchar siempre a Chéjov en *El jardín de los cerezos*: ¿Para qué necesitamos ser reconocidos como gigantes, si donde luce esto es en los cuentos y únicamente sirve para asustar? Pese a fallas y virtudes, que nadie se confunda ante los numeritos de por vida cosechados por Edgar, capaces de poner en aprietos a Mohamed Alí, porque el límite de la grandeza únicamente las rabiosas perseverancias pueden desbordarlo.

Los dos capítulos más vibrantes de la obra refieren a Auxiliadora y a la amistad su “real tesoro”. ¿Cómo valoramos los amigos a Edgar Tijerino Mantilla y cómo él ve a sus amigos? Dos ángulos y un solo don verdadero. Amistad de “doble vía y sin semáforos”, afirma categórico en su obra. Primero, no temo hablar sin haber consultado de previo a los involucrados: Guillermo Rothschild Villanueva –guía de cabecera, su más querido, antiguo, cercano y persistente amigo–, Sergio Rubí, Carlos Fernando Chamorro, Luis Enrique y Carlos Mejía Godoy, Carlos Velázquez, Sergio Ramírez y por supuesto su pandilla de Doble Play, sin mencionar los cuatro mil nombres que ya el autor incluyó en su libro, todos coincidimos de manera unánime en que el tipo es un ferviente promotor de relaciones entrañables. Lucha por y vive para la amistad, tesoro en vitrina pública. Edgar imparte lecciones desinteresadamente sin sospecharlo, camarada digno de ser creído y a quien recurrimos (antes que se nos anticipe) para abrazarnos y consultarnos algo relevante, o decir cualquier tontería anegada de humor y afecto. Compañero en quien podemos confiar. Frágil en su condición humana e imbatible en su esencia de cariño. Tijerino con la amistad a cuestas recorre sinuosos caminos entre sol y sombra.

Segundo, La amistad que espera Edgar de sus hermanos equivale al puente que amalgama familia y ciudadanía, relación democrática y honradez compartida. Disposición y apertura. Afinidad nutrida del diálogo, “una de las fiestas de la amistad”. ¡Eso sí, mucho cuidado!, la amistad conoce fisuras que arden en dolores y reconciliación que obliga. Cuando la autocrítica de la solidaridad huye para no volver y obstinada lanza al niño con el agua sucia, Tijerino y William Blake aconsejan nuevos atajos: tu amistad me hiere demasiado. Por favor, sé mi enemigo. El autor finaliza el tema desafiándonos parapetado en este bello mandamiento

garciamarquiano de cielo abierto: Yo me considero el mejor amigo de mis amigos, y creo que ninguno de ellos me quiere tanto como yo quiero al amigo que quiero menos.

También habita en estas memorias un Tijerino que hasta para mentir o idear lo imposible sabe burlarse de sí mismo, impronta de paz interior que no puede ocultar. Nuestro hombre no es segundo en el cuadro de honor: desde el observatorio del realismo mágico relató a su millón amigos, jocosidad con sabor a irreverencia, que el propio Jesús – huraño de sonrisas y carcajadas– no para de gozar cuando escucha Doble Play. Insólitamente, la vez pasada trató de convencerme con su violenta fogosidad, que le habían contado haber visto al Señor devorando el periódico en pleno disfrute de sus columnas de las Olimpiadas de Río, y que la única imagen de Jesús en plena informalidad tocando la flauta (portada del *Catecismo de la Iglesia Católica*), fue captada cuando Él levitaba sobre la humanidad del anárquico y cautivador cronista deportivo. “Todo esto nos suena a disparate –verdad precipitada, aunque verdad al fin– del indescifrable Tijerino”, susurraban contagiados sus colegas Juan Villoro y George Steiner.

Permítanme confesarles que mi extraño revoloteo del párrafo anterior tiene un objetivo encubierto: despertarles curiosidad por un capítulo profundo de la obra, rebosante de hondura espiritual, *Creo en Dios*. Sí señores, Tijerino metido en esas lides trascendentes. Aquí una sentencia inapelable del autor: “*Dios existe pese a todas las dudas imaginables que podamos fabricar. Como dice Chesterton, son mayores las dudas sobre nosotros mismos, y existimos, como un producto divino. ¿Entonces?*”. Espero que pasajes como este de la obra me absuelvan de parecer un fantasioso apologista del personaje. Es la misma sangre y convicción de Carlos Fuentes señalándonos con aquel dedo inquisitivo que “el

infierno está en el mundo. Y el mundo se ha encargado de darle la razón a Jesús. Jesús no resucitó a los muertos. Resucitó a los vivos”.

El ciego divino, Jorge Luis Borges, insistía hasta perder su escaso humor característico, que a la obra escrita de una persona debe agregarse un legado quizá más importante: la imagen e influencia que proyecta en la memoria de las generaciones. Esta sentencia del emblemático monstruo de iluminada erudición, constituye uno de los mandamientos innegociables de Edgar. Militante de humildes disculpas, desbocada terquedad y perdones, reivindica ética y valores como una obsesión ataviada de provocaciones y polémicas para finalizar descansando en brazos de Octavio Paz y Víctor Serge, esperando ansioso consumir la “fusión de dos cualidades opuestas, intransigencia moral e intelectual con tolerancia y compasión”. Por estas razones Edgar ha prohibido, dentro y fuera del territorio nacional, matar al ruiseñor, acribillar dignidades, utopías e inclusión social. Harper Lee y Tijerino juntos de nuevo.

Tampoco olvida el autor que ningún legado alcanza la excelencia sin magisterio vital. Tijerino se luce: no existe un minuto en que haya vacilado formar escuela con generosidad y sin condiciones. Una chavalada de diversas generaciones se ha nutrido de investigación y cultura. Conocimientos y mañas del oficio, consejos fraternales, exigencia de estudio y combatividad, y especialmente fanatismo por la *imaginación* (“La loca de la casa” de Santa Teresa de Jesús, rescatada justamente por Rosa Montero). Ruta socrática de nuestro hombre que entre búsquedas y guiños llega directo a la sociedad. ¿No les parece que desde los rincones de la solidaridad –humanismo cotidiano sin aspavientos ni heroísmos– el mentor de juventudes supera nuevas pruebas de fuego con el *prójimo* (próximo)

hambriento de superación? Por aquello de las dudas, si notan que se me pasa la mano obsequiando elogios, pido a René Pineda, Miguel Mendoza Germán García, Edgar Rodríguez, Enrique Armas y tantos pupilos más, que me desmientan en el acto.

Volviendo al terreno ético, Edgar Tijerino, el aguerrido periodista Tom Wicker—demoledor de traviosos mandatarios estadounidenses, a la cabeza el vicepresidente Spiro Agnew (Nixon aparte), bayunco evasor de impuestos, señor de cielos y coimas— y el tercer caballo grande, Gay Talase, suscribieron una firme alianza estratégica cuya misión es acabar con la impostura de la “neutralidad” periodística, celestina de intereses creados y carcelera del derecho inalienable de informar y ser informado. ¡Otro filón del autor!

Si partimos del hecho irrefutable que los libros son dientes de leche de todo escritor, vamos con el chavalo Edgar Tijerino Mantilla novato decidido a incursionar en la crónica deportiva despuntando al alimón con arrojo y valentía. Quiso la fortuna que el otrora cipote saltador de charcos sin garrocha, lanzador de bola de trapo y campeón de trompo coyote en el bucólico barrio Santo Domingo, tuviera uno de los encuentros más importantes de su vida. Fue con el insigne maestro Guillermo Roths Schuh Tablada, de quien recibió en obsequio *La muerte de Artemio Cruz* y el imborrable consejo que jamás haya recibido: para aprender a escribir se debe leer como un condenado, leer mucho, mucho, mucho. Edgar puede tener infinidad de limitaciones, pero jamás peca de tonto. Obedeció al pie de la letra las lecciones del sabio mecenas y le quedaron grabadas para siempre mediante saltos sucesivos, desde la inspiración primeriza, *Historia de los Girondinos* de Lamartine, a los prodigios de Rubén, Cortázar, Poniatowska, Faulkner,

Murray, Dickinson, Dostoyevski, Saramago o Selena Roberts del New York Times.

Aprovecharé esta vivencia Rothschild Tablada-Tijerino para destacar la simpática pincelada literaria de Edgar con el dueño del cosmos, autor de *Historia del tiempo* y virtual Premio Nobel, Stephen Hawking: “Fijate, Edgar, al quemar una enciclopedia la información contenida en ella no se pierde si guardamos el humo y las cenizas, no obstante sería imposible leerla. En cambio, vos, lector compulsivo hasta la demencia y los últimos detalles, podés lograr la hazaña de aprovecharlo todo”. Sos culto y debés continuar así”. Entonces el interlocutor, inveterada costumbre, asalta la palabra: “Por ello, mi querido Stephen, fustigo a holgazanes que sueñan con dormir un día para despertar escritores!” En un raptó de cariño Hawking respondió trezándose en prolongado abrazo con Edgar. Seguidamente ambos disparan sin piedad: en vez de regalar una enciclopedia de beisbol a esos vagos, mejor les donaremos las cenizas...

Su desarrollo embrionario como lector, poco a poco fue cediendo paso al veterano escritor de alquimias secretas, rigor profesional y danzas de conceptos. Evaluaciones y pronósticos responsables, sabrosas metáforas e historias palpitantes. Creatividad que mezcla, sin desnaturalizar ni contaminar artificialmente, la fina y esculpida prosa alrededor de los milagros de Usain Bolt, Alexis Argüello, Simone Biles, Denis Martínez o Michael Phelps, divisados a la sombra de Zeus, Palas Atenea, Poseidón, Hera, Apolo y Artemisa. Elegante, juguetón y dueño del original manejo de ritmos y tiempos, conoce vocación y esmero. Parapetado en 73 años se pasa la vida escribiendo y leyendo, leyendo y escribiendo. Donde le da la gana habla (¿o grita?) con extrema pasión, tribunas variopintas de agudas reflexiones de interés nacional aderezadas con provocaciones, duras o amigables según el caso, dirigidas a media humanidad.

Aunque al sorprendente manantial de Tijerino, discurrendo y cincelándose durante décadas en la versión humana del *Éxtasis de Teresa* de Bernini, creo que le llegó la hora de frenos y contrapesos necesarios para sosegar, descansar y dedicar mucho más tiempo a la familia. ¿Impertinencia o sana recomendación de quienes le queremos? ¡Para qué quiso más el Tijerino explosivo! Salta el viejo zorro que matrero y apaleado parafrasea al Gabo fingiendo rezar contrito: *Aunque el deber de un escritor, y el deber revolucionario, si se quiere, es el de escribir bien, ¡lo mejor que he hecho en mi vida no son mis libros sino Chilo y mis hijos Helen, Camilo, Tania, Tamara, Tatiana y María Auxiliadora!* Para finalizar su ardorosa defensa, antiguo y exitoso recurso del hombrecito, remata con Juan Villoro (otra vez el pobre Villoro): “Así como un estadio es un buen sitio para tener un padre, el resto del mundo es un buen sitio para tener un hijo.” ¡Edgar, te creo!

El desenfado y despiste de Edgar, motivo de otro libro, es el bálsamo que le mantendrá al pie del arpa mientras llegue al menos su centenario de vida, cantando al son de Epicuro: “Cuando llega la muerte, no tendremos que preocuparnos porque ya no estaremos allí”. Olvidémonos, mientras tanto no hay canto del cisne con este ciudadano, solo cabe la alborotada celebración de familia, amigos y patria. Pluma briosa enquistada en la decencia, que admite errores pero jamás otorga concesiones a ingratitudes y desvergüenzas. La partitura de su vida permanece abierta en el atril de la montaña de libros, archivos, películas y escritos en el horno, que hacen cola más allá del infinito.



Mí máquina, mis pensamientos y yo.

www.pwc.com/interamericas

Comprometidos con el deporte

PwC Nicaragua

pwc

El deporte es una poderosa herramienta que promueve la salud, la educación y el desarrollo en las personas. PwC se enorgullece en ser parte del grupo de impulsores del deporte nicaragüense a través de los años.